

El penoso aprendizaje del poder

Por Jean Meyer

Como siempre, sin provocar gratuitamente, sin buscar el escándalo, a su modo, ameno, directo, tranquilo, Luis González va al grano. Así hablaba hace 20 años, eso decía hace 20 años cuando me servía de mentor en mis primeros pasos en la carrera histórica de la Revolución mexicana. Recuerdo perfectamente cómo deshizo sin aspavientos mi castillo de naipes, mi guión hipotético-teórico sobre la *Cristiada* interpretada como guardia blanca de los hacendados, manada de peones embrutecidos por el clero. Me tomó de la mano y me llevó a San José de Gracia, que no era aún *Pueblo en vilo*, para que se me abrieran los ojos.

I. Desde aquel entonces la marcha de la historiografía ha sido rápida y la producción muy abundante. Sin embargo, según entiendo yo, nada ni nadie ha desmentido el diagnóstico que Luis González formula claramente una vez más, sin dejarse impresionar por la "historia de bronce". A la hora de los aniversarios oficiales (en 1910 se celebraban los 180 años de la revolución del Padre Hidalgo: sin comentarios), Luis González persiste en su esfuerzo de desmitificación, sigue a la escuela de *Los de Abajo*, toma en cuenta el rezongo popular. No ha olvidado una experiencia trágica, la de su pueblo, la de muchos pueblos, sino que la del pueblo mexicano, una experiencia cotidiana de muchos años, que no fue siempre, que no fue en todas partes, la experiencia exaltante y exaltada vivida por los diez mil, por los cincuenta mil (¿por los cien mil?) hombres que libraron el combate por el poder primero y luego para la construcción de un cierto México. Para aquellos 1916-1917 es el año del Hambre, cuando para éstos es precisamente el año



glorioso de la Constitución. Este ejemplo extremo manifiesta hasta qué punto pueden ser diferentes los tiempos sociales, o sea la conciencia que tienen del momento grupos sociales diferentes.

¿Problema de clases? ¿Problema de conciencia de clase? ¿Problema de cultura y de ideología? Ciertamente.

Lo dice muy bien Luis González: "En un principio, la Revolución empezó como una rebelión de las élites nortenas, élites empresariales y políticas, nuevas y antiguas, rebelión extendida a todo el país tan pronto como se derrumbó el edificio político del porfirismo. Es cuando la rebelión se vuelve revolución, revolución por y para una élite que incluye a maestros, licenciados, sindicalistas marcados todos por el liberalismo y el anarquismo en la tradición ibérica. Tal revolución de una élite ampliada choca pronto —desde los tiempos de Madero, desde los tiempos precursores de Flores Magón— contra la sociedad civil católica mayoritaria. Para tal élite revolucionaria el pecado de Don Porfirio contra el Espíritu Santo ideológico no es tanto la reelección o la ineffectividad del sufragio, como la "conciliación", el olvido a las leyes de Reforma, la tolerancia práctica hacia el catolicismo popular (sensual, barroco, sensible) necesitado de culto externo, y hacia la propiedad colectiva también, por más extraño que nos parezca. En ese sentido se ha podido definir la Revolución mexicana como una inmensa tentativa de aculturación por una élite fiel al modelo ideológico individual del Siglo de las Luces, complementado por sus derivados nacionalistas y anarquistas."

II. No creo que sea el momento de preguntarse cuáles fueron los resultados de



la Revolución o, dicho de otro modo, para quiénes se hizo la Revolución. Sin embargo es evidente que, por un ardid de la historia que no escapó a Tocqueville, el Estado revolucionario, a fin de cuentas, consolida en forma singular el Estado del antiguo régimen.

Los conflictos célebres, la caída de Díaz, la muerte de Madero, la salida de Huerta, el asesinato de Obregón, la expulsión de Calles, tienen poco que ver con el inmenso proceso de interacción socio-cultural que hace desaparecer al antiguo México. Todas las sociedades políticas pueden hundirse en el conflicto armado, lo que no implica una causa profunda o el clímax de algún fenómeno de larga duración. ¿Existe alguna relación entre los villistas, los zapatistas, los cristeros y las fuerzas sociales que procrearon al México industrial y urbano de hoy?

El derrumbe es posible cuando varias fuentes de conflictos entran en resonancia; se conjugan de manera fatal conflictos locales, fuerzas opuestas, que no son nunca expresión de las otras. Las elecciones del estado de Morelos movilizan a los futuros zapatistas, la crisis económica del

Noroeste amontona vagabundos en las pequeñas ciudades fronterizas, la diplomacia norteamericana espera su hora, la sucesión presidencial junta todo esto en un haz de rayos tremendos. El día que se levanta Madero, el fenómeno político conquista su autonomía con la dinámica de toda explosión.¹

La Revolución ocurre en la fase peligrosa del despegue económico, cuando confluyen la vacancia del poder, la ofensiva norteamericana, la lucha de las facciones y la crisis financiera. Una generación en la cual sobraba la gente educada (para la cual hacían falta empleos) se precipitó en la brecha para sentarse al banquete de la vida (no para revolver la mesa). La Revolución viene lentamente, tarda diez años, espera el agotamiento de todas las soluciones: Limantour, Reyes, Madero, Díaz, Huerta. Necesita decenios para el penoso aprendizaje del poder y sigue el proyecto porfirista de construcción del Estado y de la nación. La violencia no prueba nada: resuelve problemas civiles. ¿Cómo podían ser lucha

¹ Tales conceptos pertenecen a Peter Laslett, *Le monde que nous avons perdu*, Paris, 1967.

de clases esos conflictos, cuando había un gran número de agrupaciones pero un solo cuerpo de hombres capaces de actuar en común sobre toda la sociedad, es decir una sola clase, la clase política?

La violencia está ligada al Estado. Y el Estado, ligado a su vez al desarrollo económico, opuesto a los poderes locales, portador del hecho nacional, es con el dinero y más que el dinero el factor de la movilidad social. Toda la sociedad está tragada por el Estado, que chupa y redistribuye la riqueza. La única posición que se ofrece a las élites en concurrencia (obrero, militar, burócrata, etcétera) es la integración del Estado. No es de sorprender que todos los grupos dominantes luchen por el poder, por el control del Estado. No es de sorprender que la crisis revolucionaria dure tantos años. Termina cuando se consigue domar el proceso de promoción y de competición de las élites para edificar sobre esa base el Estado.

De Porfirio Díaz a Manuel Ávila Camacho se mide la rapidez de la evolución que lleva al Estado moderno. Díaz y Calles, con mano de hierro, dieron al país el cuadro político e institucional en el cual se vive hasta la fecha. La Revolución es un porfiriato que resuelve sus problemas políticos internos y externos y moderniza su estrategia socioeconómica. Pero la liquidación del viejo país para beneficio del Estado moderno no consigue engendrar a la nación. En 1971 se rindió homenaje común a Calles y a Cárdenas, lo cual era reconocer la continuidad del fenómeno revolucionario. Lo que todavía falta reconocer es la continuidad entre el porfiriato y la Revolución. Pero eso es mucho pedir al catecismo revolucionario, que está hecho (y bien hecho) para proporcionar la satisfacción psicológica máxima y el mínimo de dolores de cabeza. A las sociedades con fundación revolucionaria les cuesta muchísimo trabajo escribir su historia contemporánea. ¿Cómo salvarse de la magia de los aniversarios, cómo romper con el sentimiento de lealtad de los herederos, cómo no escribir una historia totalmente entregada al pedido social? Toda otra historia corre el riesgo de parecer contrarrevolucionaria y antinacional. Al historiador no se le pide investigación, sino conmemoración; no se le pide reflexión, sino liturgia. Es difícil "acabar de una vez para siempre

con ese culto reaccionario del pasado.”²

III. Prolongando la misma reflexión, Héctor Aguilar Camín comentó con anticipación la primera página de la ponencia de Luis González: “Atento a este terrible momento de toda revolución en que los hechos históricos regresan a su cauce lento después del vértigo revolucionario, el historiador francés Ernest Labrousse ha sugerido que el estudio de las revoluciones debiera hacerse revisando no lo que cambia, sino lo que permanece. La discusión —ya muy larga y acaso sin sentido— sobre si el movimiento armado mexicano de principios de siglo fue o no una Revolución, parece preguntar precisamente por estas cuestiones: ¿Hubo más permanencias que cambios o puede hablarse de un cambio cualitativo en la estructura de la sociedad y la economía? ¿Hubo en efecto una nueva fundación de la sociedad, una transformación radical de sus principios, o se trató sólo de un cambio en ciertas zonas limitadas que dejó inalterado el resto? Y, para entrar

al tema de estas notas, ¿puede hablarse de una moral social de la Revolución mexicana como algo cualitativamente distinto a la que rigió la época porfiriana?

“Sospecho que en el fondo de la polémica sobre el carácter revolucionario de la Revolución mexicana se esconde una comparación ilegítima o inútil, una rígida definición de lo que una revolución verdadera debe ser —la soviética, la china o la cubana— y la exigencia de que toda revolución para serlo en verdad, responda a las características de esa definición. Así, la Revolución mexicana lo sería más en tanto más se pareciera a la soviética, la china o la cubana, y menos a sí misma.

Decir que la Revolución mexicana es nada más una revolución política, es quizá enunciar una verdad general. Pero si con ello queremos insinuar según el modelo de una revolución con mayúscula que hablamos de cambios superficiales, cambios de camarillas cuya llegada al poder no afecta mayor cosa al conjunto de la vida social, entonces la verdad inicial se desvanece. La Revolución mexicana no funda una nueva sociedad ni acaba

con la antigua; pero los cimientos institucionales de orden político que la gestión de aquellas camarillas echó para mantenerlas establemente en el poder, han conducido a la vuelta de las décadas a una transformación profunda de la sociedad mexicana.”³

IV. “El mirador de los revolucionados” dice Luis González, no es el de los científicos, los cuales con las mejores intenciones del mundo suelen “formular sus juicios, pese a lo que se dice, con base en los puntos de vista de los revolucionarios.” Otra vez cito a Héctor Aguilar Camín: “En términos generales, lo que la historia crítica había dicho hasta antes de 1968 sobre la Revolución mexicana es que se trataba de una gran revolución popular traicionada, traicionada por la corrupción y por las pequeñas ambiciones, por la ignorancia y por la falta de grandeza de sus dirigentes, por la inmoralidad y la barbarie, por la incapacidad congénita del pueblo para gobernarse e im-

³ Héctor Aguilar Camín. *Saldo de la Revolución. Cultura y política de México 1910-1980*. México, 1982, Ed. Nueva Imagen, pp. 77-78.

² Marx a César de Paepe, 14/IX/1870



ponerse sobre sus explotadores. Lo que sostenía, por el contrario, la historia oficial, es que las demandas fundamentales de la Revolución estaban vivas, cumpliéndose paso a paso en el difícil equilibrio de la libertad y la justicia, encarnando sin cesar en instituciones y presidentes; la Revolución como un ente en perpetuo avance, dispuesto cada sexenio a enmendar sus errores, volver a sus orígenes y refrendar sus compromisos con las mayorías que seguían esperándolo todo de ella. [. . .]

“La perspectiva crítica construida por la larga interrogación de los setenta en torno a la Revolución mexicana, empieza por adherirse a la convicción de estar no ante una revolución fallida, desvirtuada, corrompida, sino frente a una revolución plenamente realizada; la convicción de que la sociedad mexicana actual, tal como se presenta, con sus gigantescas exclusiones y sus innobles pero dinámicos privilegios, es la expresión cabal y pormenorizada del fenómeno histórico que llamamos Revolución mexicana, no su producto espúreo o deleznable. Y la convicción paralela de que, como ha señalado Arnaldo Córdova, la construcción de esa sociedad real no ha sido el fruto sólo de la coerción y la fuerza, sino también

del consenso y la participación activa de las masas, el ejercicio colectivo de un destino posible, no democrático, pero sí nacional, en tanto tarea del conjunto de las fuerzas de la sociedad y de los instrumentos de control político y organización social que su mismo movimiento profundo generó.”⁴

V. *La visión de los vencidos*. Así llama Luis González al testimonio válido de las “personas sólo revolucionadas”, de la “mayoría revolucionada que se puso las manos sobre la cabeza” al “estallar la fiesta de las balas”. Con eso plantea Luis González no solamente el problema de los actores (obviamente no cree en un pueblo mítico, en una voluntad popular imaginaria, “en el consenso y la participación activa de las masas”), no solamente el problema de los resultados, sino el problema del costo social de la Revolución.

Luis González, en este caso, es portavoz, trujimán más que intérprete de “mi pueblo durante la Revolución”, en la gran tradición abierta por Mariano Azuela, respetada pero nunca aceptada, ni entendida por la gente del Estado y de la

⁴ *Ibidem*, pp. 255-258

Academia. (Paréntesis: doy cualquier tesis o montón de publicaciones académicas por una página de José Emilio Pacheco sobre el mismo tema.)

No tengo nada que añadir a las páginas 10-17 de la ponencia porque he oído decir demasiadas veces, en boca de quienes vivieron esas revoluciones como “estropicios, quemazones, golpizas y colgaduras”: “por eso cuando oigo decir que viene otra revolución me pongo triste” (Doña X., Villa Victoria, Gto. 1969) o “Virgen de Guadalupe, líbranos de otra revolución” (Ihuantzen, 1968).

Para los académicos como nosotros, la visión de los vencidos —aparte del juicio grave que emite sobre el fenómeno revolucionario— aporta alguna ayuda conceptual y metodológica.

¿No les parece que efectivamente hay que distinguir muchas “revoluciones” en el espacio, en el tiempo, en la sociedad? Se empieza a investigar Chiapas en la Revolución pero falta entender lo que ha ocurrido. Lo mismo se puede decir del Istmo. Tanto la Guerra del Pajarito en los Altos de Chiapas, como la del *Che Gómez* en Juchitán esperan que se les haga justicia. En la revista publicada por el ayuntamiento del COCEI en Juchitán (*Iguana Rajada*) se ha hecho bastante pero los académicos no hemos correspondido. Sin embargo, parece que en Juchitán murieron más personas en noviembre de 1911 que en los seis meses de guerrilla maderista en toda la república. . .

Las guerras yaquis, la represión contra los trabajadores “rojos” y contra los “verdes”; los “agriños” como opresores manipulados y no siempre como héroes, los cientos de miles que huyeron hacia el Norte —huyendo ¿de qué? por cierto—, los que murieron (¿cuántos y de qué? Hace falta una historia demográfica de la Revolución). . . muchos temas nos esperan que exigirían de nosotros algo como una conversión.

Es cierto que “la historiografía culta (o exquisita) se ha dejado conducir por el discurso histórico oficial”. Y la conclusión presentada por Luis González en su última página es admirable por su entereza y su valor. ¡Ojalá se tomara en serio lo que ha escrito! Hace años que lanzó su desafío contra la “historia de bronce” y nos llamó a escribir una historia crítica, capaz de tomar en cuenta el “rezongo” popular. ♦

